

medió; de vos solo lo esperamos y los le pedimos postrados en vuestra presencia, y derramando copiosas lágrimas. Princesa desgraciada, víctima y modelo admirable del amor maternal, virtuosa Isabel, ¿qué hija de Jerusalem se puede comparar con vos? ¿Qué virgen de Sion estuvo tan oprimida de desgracias, (1) tan sumergida como vos en un oceano de dolores! Todo lo habeis sacrificado á los sentimientos de la mas pura amistad. Hubierais podido evitar los males que personalmente os afligen; pero fiel al rey, vuestro hermano, participando del su amor para con su pueblo, de su santa y sublime resignacion, os unisteis inviolablemente á su suerte, y solamente la violencia ó la muerte os pudieron separar: participasteis de todos sus peligros, quisisteis suavizar sus penas, juntar en vos todos sus males, y quisierais haber muerto por él. Ya no existe, y este fatal golpe os acabó de sumergir en la mas profunda tristeza. ¡Oh princesa digna de todos los elogios y de todo el reconocimiento y respecto del universo! ¿Es este por ventura el premio de las sublimes cualidades de vuestra alma, y de la dulce piedad de vuestro corazón? ¿Es posible que los franceses enemigos de vuestro augusto hermano no se hayan amasado por vuestro candor, por vuestras virtudes y lágrimas? ¿Es posible que hayan vuelto contra vos la espada de su perfidia? O! Si la tierra no tenia con que recompensar tantas virtudes, preciso era que se armase para perseguirlas!

Y vos, princesa, primer fruto del amor de nuestros desgraciados monarcas, ¿qué tristeza ha ofuscado la aurora de vuestra vida! ¡Ay de mí! ¿Si el dolor no ha cegado todavía la flor de vuestros años, la afilada hoz del crimen la respetará por ventura?

Vos en fin, príncipe, mas joven todavía, pero ya tan desgraciado, cuyo amor para con vuestro padre y para con la patria, mas bien que el derecho de la sangre, ha erigido ya un trono en nuestros corazones en lugar del que la rebelion ha trastornado, ¿qué no podamos arrancarlo como un nuevo Joas, de las manos sangrientas que os amenazan (2)! Bañado en lágrimas intercedisteis por vuestro augusto padre; pero esos gritos, capaces de enternecer al

(1) Cui comparabo te; Vel cui assimilabo te filia Jerusalem; cui exequabo te, & consolabor te, virgo filia Sion Magna est velut mare contritio tua quis medebitur tui Lament c.2.

(2) 4. Reg c. 11.

mas duro, no pudieron enternecer á los cobardes verdugos. Conociais bien el lenguaje del amor filial, conociais ya la virtud. ¡Qué bárbaros! ¡Y tambien os inmolarán! ¡Cuan horrible se manifiesta esta secta que se honra con el nombre de filosofia, cuya audacia é impiedad se estiende aun mas allá de lo que puede imaginarse: esta secta digna de toda la abominacion de los hombres, y de todas las venganzas del cielo, qué terribles son sus dogmas! ¡Qué espantosos y qué malignos en sus electos! ¡Qué partidarios puede tener mas que corazones ciegos por las pasiones, enemigos de todo orden, y capaces de todos los horrores! Bien lejos de hacer felices los pueblos, no hace felices ni siquiera á sus furiosos partidarios, si no es que se pretenda ser felicidad vivir del pillage, de las muertes, en medio de las ruinas, reinar sobre sepulcros, sobre cenizas, no seguir otras leyes que las del mas fuerte, ó del mas audaz en el delito, ó del mas diestro en el arte de la perfidia. Filosofia insensata, que á fuerza de discutir sobre todo, todo lo ha confundido y llenado de nieblas. Filosofia que no debe su origen sino á las pasiones mas vergonzosas y que para substraerse del imperio de las leyes divinas y humanas, ha trastornado toda moralidad, y rotpido todos los lazos de la subordinacion; tan contraria al orden de la sociedad, como impia, no reconoce algun lugar teniente de Dios sobre la tierra, ninguna autoridad que tenga su origen en el cielo: atribuye el orden físico al acaso, y quiere que el orden moral sea abandonado al capricho de los hombres, que ella prepara y dispone á todos los excesos de la rebelion, á todos los furores de la sedicion, á todos los latrocinios de la anarquia. Trata de preocupacion los sentimientos intimos de nuestra conciencia, que nos manifiesta la gran diferencia que hay entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso: trata de locura y de absurdo á aquella voz poderosa de la razon, que ha enseñado por sí sola á todos los pueblos, que hay otra vida: no se detiene, como la heregia, en combatir ó negar algunos artículos de nuestra fé, sino que hace guerra á la religion católica en sus verdades fundamentales; y cuando la creencia de diez y ocho siglos debiera ser un testimonio que le tapase la boca, entonces á viva fuerza y con mano armada arguye contra la iglesia: quiere destruirla envileciéndola y despojándola de cuanto posee: la ataca por fuera y por dentro: nada menos intenta que trastornar la piedra firme sobre que está edificada; y

con los grandes nombres de tolerantismo, de igualdad, de libertad, canoniza en la práctica la persecucion, el despotismo, y hace gemir al pueblo bajo la esclavitud mas cruel. Su boca es como un sepulcro abierto que no exhala mas que corrupcion y muerte, sus labios están teñidos con el veneno del áspid, y sus pies dejan señales de sangre por donde quiera que pasan (1). Es una secta mas delincente que la nacion deicida: no solamente ultraja cuanto puede al hombre Dios nuestro Salvador, con invenciones mas exquisitas que sus mas sutiles enemigos, y con mas crueldad que sus violentos perseguidores, sino que quisiera abatir tambien el trono del Omnipotente, y si fuera posible acabarle bajo sus ruinas. *Para nada se necesita de Dios en el orden social.* Ved ahí lo que gritan, *enemiga del culto y de los reyes*, esta es su divisa digna del infierno. Esta es la bestia monstruosa, á quien llama S. Juan *misterio* de iniquidad, madre de todas las torpezas y abominaciones de la tierra; que te baña en la sangre de los santos y de los mártires. ¡Infelices de los pueblos que se dejasen seducir de sus errores! Desdichadas de las potencias de la tierra, que no tomasen las precauciones debidas contra sus atentados! ¡Mal aventurados todos los que la adoraren á ella ó á su imágen, y que fueren marcados con su carácter y sello! A la embriaguez de la abominacion y del crimen sucederán las justas venganzas de Dios (2).

¡Oh Francia demasiadamente culpable, cuantos tesoros de ira juntas sobre tu cabeza! ¡Cuan terrible castigo acarreas sobre tí! Si me parece oigo á cada instante una voz del cielo que te amenaza. „Salid de su seno, dice ella, salid vosotros que no habeis aun participado de sus iniquidades, si no quereis ser envueltos en sus ruinas: sus maldades llegaron hasta el trono de Dios, y está indignado por ellas. Llega el tiempo de castigarla segun sus obras, y de volverle con usuras los males que hizo sufrir á los escogidos. Quanto se ha glorificado en sus crueldades, tanto sufrirá de tormentos. Se atreve á decir en la perversidad de su corazon: *yo soy la reina del universo: todos los pueblos son mis adoradores, y estoy esenta de la adversidad; pero todas las adversidades se arrojarán furiosamente en un solo dia sobre ella: será entregada á la*

(1) Sepulcrum patens est guttur eorum, venenum aspidum sub labijs eorum. Veloces pedes eorum ad effundendum sanguinem. Ad Rom. c. 3.

(2) Apoc. cap. 14.

hambre, al fuego y á la muerte, que la devorarán, porque el Dios que la vá á juzgar, es el Dios fuerte y poderoso (1).”

¡Oh! No es esto ciertamente lo que nuestro corazon desea. No respira mas que caridad. ¿Y el temor solo de envueltas en estas desdichas tantas almas justas que tus furrores no han podido todavia someter al imperio del crimen, no seria un motivo bien poderoso para que deseásemos ardientemente se suspendiesen los anatemas que tienes bien merecido? Sí, sí, tú lo mereces, ciudad maldita de Dios, Babilonia corrompida y orgullosa, á quien la Escritura nos presenta (2) como una muger cubierta de nombres de blasfemias, y teniendo en sus manos una copa llena de sus abominaciones, de sus torpezas y de todas las heces del vicio. Esta ciudad infame, de quien está escrito que será sumergida en un momento sin quedar de ella el menor rastro, porque sus comerciantes querian hacerse señores del universo: porque difundió su veneno en todas las naciones: porque se halló llena de sangre de profetas y de santos, y culpable de todas las muertes que sus agentes cometieron sobre la tierra [3]: esta ciudad infame era menos culpable que tú. ¿Qué crimen hay que tu no hayas cometido? ¿Qué abominacion de que no te halles manchada? ¿Qué hay en el cielo y en la tierra tan sagrado, que tu no hayas ultrajado, y hecho sarvir ó sacrificado á tus proyectos de rebelion, á la licencia mas desenfadada, á la rabia mas feroz, y á la impiedad mas diabólica? ¿Qué te resta ya que hacer para llegar al colmo de tu iniquidad despues del horrible asesinato que acabas de cometer en la persona de tu rey? ¿Este solo delito no te hace mas culpable que todos los otros juntos?

¿Y qué rey, que reyes hubo jamás en la Francia, por amados que fuesen, que mereciesen serlo mas que él? Luis XII, Enrique IV, padres de la patria, eran sus modelos, y no tememos decir que los ha escedido. Sencillo en su exterior, enemigo del fausto, del orgullo y del lujo, dueño de todas las pasiones, que la facilidad de satisfacerlas hace ordinariamente tan vivas en un rey: no tenia vicios, tenia todas las virtudes. Católico de corazon, siempre fiel á Dios, á la

[1] 1poc. c. 18.

[2] Ibid. cap. 17 V. 3. & 4.

[3] Ibid. cap. 18. V. 21.

religion, á la iglesia, no miró jamás como estraña alguna de las obligaciones de un verdadero cristiano. Era rey, y llevaba á todos sus súbditos en su corazon como el padre mas tierno. Su ambicion única, su mas pura complacencia, la mas verdadera y constante era la felicidad de su pueblo: de ella hablaba, y en ella se ocupaba incesantemente, y trabajaba por sí mismo en buscar los medios de procurársela con toda la eficacia posible. No perdonaba trabajo para conseguir este precioso fin, que era la ocupacion continua de su alma. Oh! Nos atrevemos á decir que esta era como su pasion dominante. Sus crueles enemigos lo saben bien, y estos monstruos se han valido de su propia bondad para perderle, para armarle traicion, para hacerle odioso, para destronarle, y para conducirle al suplicio. ¿Qué otro motivo, sino el amor de sus vasallos, le pudo obligar á tantos sacrificios desde el principio de su reinado, y especialmente de seis años á esta parte? ¡Y sus mismos súbditos han cedido á la faccion que meditaba su ruina, se han dejado cegar por el interés, y subyugar por el temor: han contribuido á formar las cadenas del mejor de los reyes, á entregarle en manos de sus verdugos, ellos mismos le han dado la muerte!

Pero en su cautiverio, en sus trabajos, en su muerte misma se mostró digno heredero del trono de San Luis, y manifestó á todo el universo de cuanto era capaz su grande alma. Para vergüenza eterna de la faccion rebelde que que le ha sacrificado, Luis XVI vivirá en la posteridad como el príncipe mas digno de serlo, y como el mas desgraciado por haber sido rey de los franceses.

Oh! cobardes malvados, ejecutores infames de la faccion regicida que os ha tenido á sueldo para cometer atentados, y que dirigió á su gusto nuestros pasos ácia el crimen, por monstruos que seáis, por incapaces que parezcáis de avergonzaros todavía y de admirar la virtud, decid, ¿si su constancia no os ha hecho temblar mil veces? ¿Si no os ha pasado su valor? ¿Si no habeis reconocido siempre en él la serenidad y la tranquilidad de la inocencia? ¿Y si en medio de las afrentas mas sangrientas, de las injurias mas viles, habeis visto jamás salir de su boca otras esprecciones que las que se respiraban amor de su pueblo? ¿Podeis negar que solamente por el temor de no derramar la sangre de sus vasallos le habeis arrancado el consentimiento á todos esos decretos de iniquidad, que tanto repugnaban á su corazon y á su conciencia? No, no, no temia por sí

mismo: probó bien que era superior al temor de la muerte; y bien lejos de dar un paso para evitarla, se hubiera entregado mil veces voluntariamente á ella, si la sangre de sus vasallos no hubiera siempre contenido su valor, y si no hubiera temido encender en su reino el fuego de la guerra civil.

Y vosotros que habeis sido los testigos y los confidentes compasivos de sus tristezas y de sus penas: vosotros á quienes ha sido concedido leer en este corazon verdaderamente real, y en esta alma tan pura y bella, decidlo á vista del universo, y sobre todo para castigar á los culpables franceses, decid lo que era vuestro rey: ¿cuántas veces habeis admirado su valor sublime y su constancia en una situacion de que la historia del mundo no presenta ejemplo: su inagotable bondad, su dulzura, su paciencia, su resignacion, su religion y su fe? Cuando habeis sido bañados con sus lágrimas, decid, ¿si los trabajos de sus fieles vasallos y de su augusta familia no han sido la causa de derramarlas mas ántes que los suyos propios? ¿Cuántas veces no habrá querido deponer él mismo una corona, que le arrancaron con tantos horrores, si le hubiera sido permitido despojarse de ella, y si hubiera podido privar á su familia de la herencia de sus mayores? ¿Cuántas veces no ha gemido al ver que esto no seria en breve mas que una herencia de infortunios? Decid en fin ¿con qué resignacion consentia el sufrir todavía mas si fuera necesario para restablecer la calma y la paz de su reino?

¿Pero que necesidad tenemos del testimonio ageno, cuando él mismo se pinta de una manera tan natural, enérgica, tierna y sublime en ese escrito de tierna memoria, que encierra sus sentimientos y su última voluntad? ¿Qué dulce es el lenguaje de la virtud desgraciada y de la inocencia perseguida, que se sostiene por una confianza cristiana, y que haya la tranquilidad y la paz en una entera y perfecta resignacion! ¡Oh testamento de mi rey! ¿Qué impresion tan profunda has hecho en mi corazon! ¿Con qué afliccion y tristeza penetra mi imaginacion la prision de mi rey, ó mas bien el santuario del justo, y contempla á este augusto monarca, uno de los primeros del universo, apartado de toda sociedad humana por la injusticia de los que eran sus vasallos, solo con Dios, contemplándose tranquilo á las puertas de la eternidad, postrándose en espíritu á los pies del Soberano Juez, y dese-

abriéndole los senos de su alma, y ocupándose en manifestar tales como Dios mismo los puede conocer! Víctima de la barbarie mas vil, y condenado á empapar en sus lágrimas el pan, que solamente le concedian para que llegase vivo al suplicio, sin duda que él va á descargar la amargura de sus sentimientos, á prorumpir en quejas, y á invocar la venganza del cielo sobre sus perseguidores y verdugos. Pero no; su alma sensible sabe sufrir cristianamente, y sin conocer la venganza ni el resentimiento. No sufre sino para perdonar, se abre toda entera à este acto heroico de caridad, de que pone à Dios por testigo; y si confiesa que le hacen sufrir injustamente, lo hace con expresiones moderadas, y con modificaciones que parece tirar à escusar los motivos. En una palabra, parece que mas siente la imposibilidad en que se halla de manifestar á sus amigos su reconocimiento, que la ingratitude y deslealtad de sus enemigos, de quien es víctima. Privado de todos los placeres de la vida, caído del colmo de su grandeza, despojado del primer trono del universo, sin duda explicará su sentimiento, y volverá la vista gimiendo ácia los bienes de que se le priva. No: las grandezas de este mundo las desprecia como bienes peligrosos y perecederos: su atencion se fija solamente en la gloria sólida y durable de la eternidad. Se compadece de su hijo si tiene la desgracia de llegar algun día à ser rey.

Mas á lo menos turbado con el pensamiento de la eternidad y por el temor de la muerte, titubearia su juicio, protenderia aplacar à sus irreconciliables enemigos, les pediria perdon, y pediria al cielo apartase el golpe que le amenazaba? No: Luis XVI rey de Francia en ninguna ocasion se mostró mas digno de serlo. La cobardia, la pusilanimidad, no tuvieron entrada en su corazon. Se contentó con protestar estaba inocente poniendo al cielo por testigo. Miró la muerte sin temblar: vió el cadahalso con serenidad; y dándole poco cuidado el suplicio que debia separ su alma de sus depojos mortales, solamente piensa en prepararla para presentarla delante de su Criador. Confiado en los méritos de Jesucristo nuestro Salvador, la pone en manos de la misericordia divina: profesa su fé: declara que muere en union de nuestra madre la iglesia catòlica, apostòlica y romana, que tiene su poder, por una sucesion no interrumpida de S. Pedro, à quien Jesucristo la ha confiado: protesta su sumision à las decisiones de los prelados eclesiásticos uni-

dos à la Santa Iglesia catòlica. Para confundir mas los errores que despedazan la iglesia de Francia, se acusa especial y abiertamente, y con profundo arrepentimiento, de haber dado su sancion, aunque contra su voluntad, à todos los actos contrarios à la disciplina de la iglesia catòlica. Para testificar aun mas su fé, no quiere servirse del ministerio de los sacerdotes intrusos y perjuros; despues de haber examinado escrupulosamente su conciencia y haber detestado sus pecados y pedido perdon de ellos, los confiesa en la presencia de Dios, porque no espera se le conceda un confesor catòlico. Solamente pide à Dios para sí el perdon de sus pecados, y en lo demás se entrega enteramente y sin reserva à la voluntad divina: para los otros le pide el proteja à su muger, sus hijos, su hermana, sus tías, sus hermanos, y todos los que le están unidos por los vínculos de la sangre, ò por cualquiera otra razon: pide que particularmente mire con misericordia à su muger, sus hijos y hermana, que sufren hace mucho tiempo con él y que los sostenga con su gracia: pide en fin que perdone à todos los que se han declarado sus enemigos sin que él les haya dado algun motivo, y à los que por un falso celo, ò por un celo mal entendido, le han hecho mucho daño.

No se olvida de alguna de sus obligaciones. Como catòlico, como rey cristianísimo, estrecha por una profesion de fe los vínculos que le unen à la iglesia de Jesucristo. Como cristiano perdona de todo su corazon, y sin exceptuar à ninguno, à todos los que le han hecho padecer, y en particular los malos tratamientos y disgustos que le han causado los guardias de vista, de los que la mayor parte creerian debèrseles hacer sufrir. Pide perdon à los que pudo haber ofendido por inadvertencia, pues con deliberacion no se acuerda de haber ofendido à ninguno; por los malos ejemplos ó escandalos que pudiese haber dado: en fin pide à todos los que tienen caridad, que rueguen à Dios, como él lo hace, le perdone sus pecados.

Como monarca sensible y tierno testifica su reconocimiento en general à los que le han mostrado un verdadero afecto y desinterés, y à las almas compasivas, que halló algunas veces entre los que le guardaban; pero tuvo la precaucion de no nombrarlos: sabe que en la presente situacion seria esponerlos y hacerlos odiosos à la faccion dominante, si manifestase que ellos eran sus amigos. Se contenta con encargarse, especialmente à su hijo, busque las ocasiones de co-

nocerlos. Y si nombra à tres claramente, es porque à estos ya los conocian sus enemigos. Pide à *M. M. de Mallesherbes, Tronchet y Sezè, sus abogados, reciban su agradecimiento y las espresiones de su afecto por el trabajo que han tenido en defenderle.*

Como esposo pide à su muger le perdone los males que padece por su causa, y los disgustos que le pudo haber dado durante su matrimonio, como èl la perdona todos los que ella le pudo haber dado.

Como padre encomienda sus hijos à su muger, asegurando, que jamás ha dudado del amor que les profesa; y ruega à su hermana continúe en el amor que les tiene, y que les sirva de madre, si tuviesen la desgracia de perder la suya. Le encarga sobre todo que tenga especial cuidado de hacerlos buenos cristianos: que los guíe à la virtud, y que les enseñe à despreciar las grandezas perecederas, y peligrosas del mundo, si algun dia son condenados à poseerlas.

Como padre encarga estrechamente à sus hijos primeramente el servir à Dios, y amarle sobre todas las cosas, y despues que conserven siempre la union entre sí: que sean sumisos y obedientes à su madre, reconocidos à los cuidados y trabajos que padece por ellos; y que miren à su hermana como una segunda madre.

Como rey agradecido y víctima de la ingratitud, recomienda à su hijo el que tenga cuidado de las personas que le son afectas, cuanto se lo permitieren las circunstancias: que mire esto como una duda sagrada que ha contraido con aquellas que han sido desgraciadas por su causa, y con los hijos ò parientes de los que por él han perecido. Le pide perdone, como èl lo hace à los ingratos que le han perseguido, y que solamente atienda à sus desgracias.

Como rey (desgraciado por haberlo sido, aunque mártir del amor à su pueblo) recomienda à su hijo: que si tiene la desdicha de llegar à ser rey, piense que se consagre todo entero à la felicidad de sus conciudadanos: que debe olvidar todo odio y resentimiento, y en especial cuanto tenga relacion con la infelicidad y miserias que experimenta. Le advierte que no puede hacer feliz à su pueblo sino reinando segun las leyes; pero al mismo tiempo le previene, que un rey no las puede hacer respetar, ni obrar el bien que desea, si no tiene la autoridad necesaria, y que de la otra suerte, si no puede obrar libremente, y si no le tienen respeto, el rey viene à ser mas perjudicial que útil.

Pide una gracia à los facciosos, no para sí, sino para el fiel criado que permaneció en su compañía hasta el fin. Pide que le entreguen sus vestidos, sus libros, su muestra su bolsillo, y los otros mueblecillos que han sido depositados en el consejo de la comun.

¡Qué herencia esta para un rey! ¡Cuan digno es de compasion un rey que se ve reducido à hacer semejante testamento! ¡Pero qué grande es en la presencia de Dios! ¡Franceses! ¡Ves ahí al rey, al padre, al amigo, cuyas virtudes no habeis querido conocer! ¡Franceses! Veis ahí pues al rey, al padre, al amigo, que habeis acabado à disgustos, y habeis conducido al cadahalso! ¡Ah bárbaros, deteneos! Si no teneis compasion de vuestro rey, tenedla de vosotros mismos: pensad en el oprobrio eterno de que os vais à cubrir.

No: la sentencia ya está dada, y la rabia no sufre dilaciones. ¡Oh buen rey! ¿Vais à perecer entre las manos de un verdugo, y no hallareis un millon de brazos que se levanten para vuestra defensa, y ni siquiera uno solo de vuestros vasallos apetecerá la gloria de morir por vos, ò con vos? ¡O gran rey! En un abandono tan doloroso y tan universal, en un momento terrible de humillaciones y ferocidades, ¿vuestro valor no os abandonará? ¿Vuestro corazon no se helará con el temor de la muerte? No: el inocente no se pone pálido à vista del suplicio, y nuestro rey desprendido por los largos trabajos, del amor à la vida: fortificado por el testimonio de una conciencia recta y pura, seguro de la corona inmortal que ha conquistado por su sangre: nuestro rey sube al cadahalso con mas constancia y dignidad que si subiera al trono.

A lo menos, franceses, antes de consumir vuestro crimen, escuchad una vez siquiera à vuestro rey. ¡Ah! los monstruos temerian que se enterneciese el pueblo, recelarian experimentar el menor sentimiento de justicia, y que se suscitase en su corazon el mas leve movimiento de amor à sus reyes, tan natural en otro tiempo à los franceses: se dan prisa à ahogar en la sangre de su rey estos sentimientos, y à inmolar la víctima inocente.

¡Temisteis que se enterneciesen! Sin duda vuestro rey, digno de ser padre de su pueblo, no queria hablarle aun en el cadahalso sino el lenguaje del amor. El le queria decir: ¡O pueblo mio! Los que te llaman bienaventurado abusan de tu credulidad, y te engañan cruelmente (1). No

[1] Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt. Isai 3. V. 12.